

ÉSTA QUE LEES

Carmina Nahuatlato Frías

Una y otra vida.

Si el promedio de vida de los mexicanos es de 75 años, la historia de la vida de esta mujer comienza casi en su mitad: 32 años. Un resumen desordenado y breve de todo lo que ha pasado (real y metafóricamente) incluiría 4 ciudades, 6 mudanzas, 2 tatuajes, un par de generosos ojos verdes, otro par de ojos pero café claro que auscultan sin piedad a quien se deje, miles de pesos invertidos en terapia psicológica sistémica, una licenciatura en psicología social de los arrebatos, una maestría en comunicación de la ciencia y la cultura de lo efímero, algunos intentos por escribir ensayos, una mejor amiga para cada etapa de la vida, una melena corta y otra en franco crecimiento, muchos cuadernos escritos a mano y otros todavía con las hojas en blanco, unas acuarelas nuevas, una larga pared sin adornos, 3 macetas y sus tres intentos para que germine el epazote, 5 faldas nuevas y 2 vestidos negros, un arete en la nariz, un ramillete de deseos contenidos, una mañana al pie de la barranca de San Cristóbal con todo y sus nubes, un volcán desde una ventana, un río con dos lunas en sus aguas, un puño de tierra roja, un mar de agua verde y cristalina, un espejo y con él mi reflejo desnudo.

La historia de esta vida que es mi vida, con ese recuento a cuestas, inicia a los pies de una escalera. Delante de mí, si la buena suerte o mala suerte, Dios y sus estrellas, el azar selectivo o lo que sea, quedan todavía otros treinta y tantos años. De lo que encuentre volviendo la mirada hacia el camino recorrido, dependerá el rumbo que esos años venideros habrán de tomar.

Ésta que lees

Nombrar es evocar. Mi nombre es una mezcla de verdad y simulacro, y a él le debo todo el silencio real y metafórico del que soy capaz.

Mi nombre fue antes que yo misma.

A la Carmina que me antecede la encontró una bala justo a las puertas de su casa, en un pueblo gris y adoquinado, a la incipiente sombra del míspero, a media mañana, a sus 35 años, a 8 meses de embarazo. Apenas mi madre la supo muerta y decidió que su próxima hija se

llamaría así, Carmina. No Carmen, como el verdadero nombre de mi tía, sino Carmina, como la conocían todos. Es hora que pronuncian mi nombre y sigo sin saber si es un tributo a su vida o un eterno lamento por su asesinato.

Hace poco fui al cementerio en que reposa su tumba -que siento tan mía-. Una cruz negra sin epitafio, *Carmina Nahuatlato* en letras blancas, cursivas, y en la tierra que la cubre un rosal, sí, rojo. Al fondo el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, alrededor solo llano. El pueblo queda lejos, pero mi tía Carmina se queda ahí, descansando intacta y para siempre frente a los volcanes. En la casa de su madre, hay una fotografía colgada en la pared de cuando fue coronada reina de belleza tlaxcalteca. Luce guantes blancos hasta los codos, vestido color durazno, flequillo sobre las cejas. Siento que tal vez nos parecemos, entonces, yo me busco en ella, me busco me busco y a veces me encuentro, en sus pómulos, en esa media sonrisa, gesto que también me pertenece. En el cabello corto justo arriba de sus hombros, en su piel morena, en la soledad de su casa, en la sombra de su míspero todavía de pie, en la foto que mi padre cada año saca de su veliz viejo para colocarla en el altar de muertos... Y es que de tanto que me busco en ella, tal vez sea por eso que siento que a mí también una bala me anda buscando.

La mujer duplicada

En la novela *El hombre duplicado* de José Saramago, Tertuliano Máximo Afonso de 38 años, descubre que por su ciudad, ronda un individuo idéntico a él pero con quien no guarda vínculos de sangre. Yo solía mofaba de este personaje y del quebrando de su vida monótona, rutinaria y predecible desde que se topó con su igual, es que mi apellido me protegía de ese suspenso existencial de saberme idéntica a otra y además tenía la certeza de que mi nombre conjugaba cuando menos a una vedette, una cantata escénica, una villana de telenovela y una dramaturga. Todas ellas únicas en su estilo e historia: Carmina todas pero Nahuatlato sólo yo. 1900 resultados en el motor de búsqueda coincidían con mi nombre completo. Aunque repetidos, todos los resultados apuntaban inequívocamente a mí. En el afán de nutrir mi egoteca, buscaba nombres genéricos como Guadalupe Pérez o María Gómez, los resultados arrojaban 16 000 000 coincidencias para una y 103 000 000 para otra. Todas únicas sí, todas repetidas, también. De repente una Carmina Nahuatlato Castro sumó sus propias coincidencias a mi búsqueda y nos confundíamos entre ambas. No quiero ver su foto. Ya me parece demasiado compartir el apellido y el abolengo tlaxcalteca para compartir la tez, los pómulos y el flequillo. Es una cantante de ópera, según. Pariente mía, apuesto. Pero desde

que la encontré no quepo en este mundo, no cabemos mi ego, ella y yo. Ya pasó una vez que me preguntaron si me apellidaba Castro y cantaba ópera. Recuerdo la novela de Saramago y la imagino a ella: yo digo que soy yo, -los demás lo suponen-, a menos que otra Carmina Nahuatlato haya irrumpido en mi vida monótona, rutinaria y predecible como pasa en la novela y utilice todos mis anillos, duerma con mi chico, y me llame por teléfono para citarme justo después de colocar una bala en el cargador y salir a encontrarme decidida que en esta ciudad que habitamos, no hay espacio para otra Carmina Nahuatlato más.

Nom de plume

Hay un chiste que mi madre se jacta de protagonizar junto con todas las mujeres de su casa. Lo leyó un sábado en el periódico “El alteño” y desde entonces lo cuenta a la menor insinuación del doble sentido que pueda guardar su apellido y como si fuera más una vivencia personal que un chiste barato. Comienza la anécdota con una insistente llamada telefónica: de un lado del auricular, un hombre al que imagino siempre con acento costeño, comiéndose la “s” y con cerveza en mano. Del otro, una madre como la mía: inocente, platicadora, distraída al conversar. ¿Casa de las señoritas frías? Sí. ¿Están ahí? Sí. Ah, dícales que ahorita vamos a darles una calentadita... Fin del chiste. Todos ríen. Inicio de mi cólera.

El Frías me es constitucionalmente dado, pero no soy Frías. No soy de ese lado de la familia aunque la forma de mis ojos diga lo contrario. Lo será mi cuerpo tal vez, mi estatura acaso, mis tobillos delgados por lo pronto, pero yo, yo no. No me encuentro en ninguna de las mujeres de las que provengo, cuando menos de mi venia nayarita, ni en sus éxitos, sus fracasos o sus chistes de mal gusto. Al no encontrarme, opté por desterrar el apellido hacia el único lugar donde pretendo reinventarme: la escritura, y si llaman a mi casa, aquí no vive ninguna señorita fría, ni Frías.

Merecer el nombre que se tiene

Repito y repito mi nombre a manera de personalísimo mantra. Carmina, Carmina, Carmina, Car-mi-na, Na-hu-a-tla-to, Carmina, del latín canto, poema. Nahuatlato, intérprete del náhuatl, versado en la cultura. Carmina Nahuatlato, Carmina Nahuatlato... que merezca mi nombre y que se me haga realidad.

**No soy esa dicen, ni la que yo digo que soy
(La imagen de mi imagen)**

Yo soy

Autorretrato a media luz

El cabello

negrísimo, largo

se cae, se enreda

se distiende hasta su media espalda

Los ojos

rasgados y humedecidos

buscando siempre el mar

detrás de cada ventana

o al final del asfalto

La mirada

esquiva

en otro mundo improbable

vuelta al pasado imaginado

La cara es siempre una máscara

El gesto

iracundo, o no hay

o no quisiera que hubiese

para no delatar el revés de la máscara

La boca

indecisa, sin color ni palabra

Las orejas

en el eco rotundo
de voces que no más

Los brazos

lánguidos, vacíos

Las manos

una nueva cicatriz
van a tientas
o a breves toques
empuñadas, contenidas

Las uñas tintas

El corazón es un músculo

sus querencias laten autómatas

El vientre

un entresijo oscuro
infecundo

El sexo

deseoso

Las piernas

de andares sinuosos

Los pies interregnos

(soy alguien con abismos detrás de los párpados)

No soy

No soy (sí soy) cada una de mis nimiedades

No me considero elocuente a la hora de hablar de mí. Trastabillo. No sé por dónde empezar ni cómo perorar convincentemente sin arrepentirme al momento de lo pronunciado. Hablar si quiera un minuto de mí es tan breve y tan eterno como los negros agujeros del espacio. Tanto qué decir de mí: la psicología, la comunicación, mi apellido, los lunares, el tatuaje, mis libros pendientes, las recetas que intento, las nimiedades que soy... no, ni por dónde. Aunque la palabra al viento me parezca lo más cercano a lo efímero, lo confieso: me paraliza el lenguaje verbal; que frente a la audiencia no pueda pensar tan rápido como hablo, sin forma de retroceder y borrar lo dicho, ni pensar lo que se dice, como editar antes de publicar para siempre.

Pero escribir sobre mí es otra cosa. Ya el lenguaje escrito es permanencia, yo como tema puedo serlo sin serlo enteramente, es ficción dicha siempre por una voz que se lee como si fuera la mía, con mis palabras, mis formas de decir las cosas, mis evidentes o no tanto asomos entre líneas, mis versiones de mi y todo el tiempo para escribirlas, toda la cobardía para borrarlas, todo el cinismo para inventarlas. Toda yo entre palabras escritas. Tal vez más expuesta al otro: que me subraye, me doble, me contradiga, me vuelva a leer, me recicle, me plagie. Lo dicho ya estará escrito y se podrá pasar de página, reescribirse cuantas veces sea necesario. Como sea estaré ahí en silencio, ante una audiencia incierta pero también silenciosa, ya el destino de mis palabras estará en manos de mis lectores y yo, ausente, no lo sabré.

Lo mismo en la hoja en blanco, como en el minuto de silencio y la vida misma: todo en mí habla de mí, el color de mis uñas, lo largo de mi pelo, el estilo de zapatos que calzo, lo que no vestiré nunca y todo cuanto llevo en mi bolsa. Lo que no digo ni escribo. Todo tiene una razón, un motivo, un discurso de mí. Hasta la más inadvertida nimiedad habla, grita de mí, revela mi vida privada y secreta aunque no pueda verse o se malinterprete al ojo ajeno. De eso no hay escapatoria. De yo escribirlo y revelarlo, gritarlo al mundo entero, sí.

Me da miedo

Mi mayor temor es no superar la ansiedad de no aprender a quedarme nunca. A que me venza el tiempo, que no me alcance, que me sobre, que me falte. Sé que el tiempo tarda lo que tarda. No lo puedo estirar, no puedo abreviarlo, sólo puedo contenerme en él mientras pasa sobre mí, o a mi lado, y yo siento que me deja o me jalonea a su antojo, sin ninguna conmiseración y a veces sin ningún sentido. Estar en un lugar es ponerme a merced del tiempo, con la impaciencia y el desgano que me puedan asaltar, mientras intento prever el gozo y el enigma que tal vez, al final de su recuento, sobrevenga. Pero lugar quiere decir para mí dos cosas, o más bien una en dos de sus acepciones: espacio. Es decir, lugar como la extensión tangible que me contiene o lugar como el transcurso del tiempo entre dos sucesos, digamos un principio y un final. En ambos casos apenas me propongo estar a merced del tiempo, a permanecer entre una y otra coordenada, instalarme en una vivencia dure lo que dure, quedarme, pues, en un lugar real o metafórico, instintivamente me dispongo a la retirada, como si huyera a no sé dónde no sé de qué. Y sucede siempre, entre cuatro paredes ahora mismo mientras escribo, sucederá mañana mientras lea, pasado cuando vaya a ese desayuno. Sucedió en cuanto llegué al mar en mayo pasado (dudé de mi decisión en viajar y apenas toqué la arena quise regresarme), cuando firmé el contrato de mi último trabajo (me pregunté cuanto tiempo trabajaría ahí), cuando reconocí entre la multitud a ese hombre y su historia que vino a arrollarme después (tuve miedo de saber cuándo sería la última vez que iba a verlo), cuando me inscribí al posgrado (me nació la urgencia por terminar la tesis), cuando sentí algún abrazo (¿será el primero o el último?), puse la primera línea del texto (teniendo en mente el final), y sembré las primeras semillas de mi jardín vertical (¿y si no brotan el cilantro, el epazote y la albahaca?). Es como si diera el primer paso esperando fuera el último. Como una forma de estar en el presente sin vivir en él. Qué absurda obviedad: para quedarse en algún lugar siempre hay que irse de algún otro. Qué paradójico: me quiero quedar pero siempre me voy. La historia de mi vida.

En ese jaloneo me supongo inasible. Incapaz de arraigarme. O de raíces volátiles. O fiel al aire y al camino que dispongan las nubes. Y creo que tal naturaleza no reside en mi culposa y gozosa incapacidad de quedarme quieta, sino en el gusto de andar y de andar, en mi temor al paroxismo, al silencio, a la quietud absoluta y a la vida sin resabios, a la nada después. Así que casi nunca me pregunto dónde estoy o en qué lugar estaré... eso casi siempre lo sé. Más bien el ansia surge por saber cómo, a qué hora y de qué manera voy salir de allí.

Espero

Tengo un ensalmo pendiente, o más bien una lista de ilusiones:

Espero estar viva por encima de cualquier milagro, de cualquier luna en que se me agote la noche llorando porque sí o porque no todas las cosas.

Espero entregarme sin reticencia a lo que venga en la vida una vez que salga de mi habitación con la cara limpia y baje por las escaleras.

Espero vivir más allá de la fecha de mi devastación.

Espero aceptar mi insaciable curiosidad intelectual que me lleva y me trae indecisa entre mis entre mi fe en lo divino y la incredulidad de una eternidad gozosa sobre un cielo azul. Espero ser feliz con las pequeñas cosas: hacer paisajes de acuarela, un postre perfecto, pegar un botón, elegir las cortinas nuevas de mi recámara.

Espero perder la cuenta de las alegrías y dejar de contar los desfalcos.

Espero meterme al mundo.

Olvidarme de esperar.

Mi mundo es

Las cosas de mi mundo que soy yo

Soy yo el silencio de mi casa. La luz tenue de mi mesa de noche. La ventana entreabierta del estudio donde se cuele la lluvia. Soy la buganvilla roja al sol que florece con miedo o es tímida y no quiere florecer. Soy el librero semivacío. Soy cada una de mis libros –pero soy más las notas con mi letra que escribo a las orillas de sus páginas –. Soy cada relieve colorido de la talavera que compré en San Pablo del Monte y acomodé en la sala, al pie de la ventana, en el pretil, a la sombra de mi patio. Soy el mosaico de formas caprichosas que me empeñé en poner en la cocina y de ahí mismo soy el frío temperamento del granito gris. Soy el collage de fotos bajo el libro del escritorio donde ahora escribo. Soy el sillón negro de la sala que se recuesta. Soy el sahumero y el aroma de flores que se desprende. Soy mis intentos de hacer acuarela olvidados en el caballete. Soy todas las libretas con hojas en blanco que guardo como si estuvieran llenas de secretos falsos o verdaderos. Soy el calendario lunar que tengo de cabecera. Soy mi colección de lunas. Soy la mujer del retrato que pintó Pedro y puse en lo alto de la escalera. Soy el agua fresca de Jamaica siempre fresca en el primer cajón del refrigerador. Soy mis collares y mis aretes. Soy todas mis blusas negras. Soy la que está detrás de sus cosas, esperando que digan ellas lo que no digo de mí.

Las mujeres que soy

No soy una. Soy por lo menos 3 mujeres que viajan en mi sangre y me ponen a ver el mundo a través de sus ojos. Las cuento por azar, no por jerarquía. Las tres me son vitales. A las tres las abrazo.

1.

La primera novia de la casa, mi hermana mayor, estaba abrochándose los botones de su blanquísimo traje. La mayor parte de la familia, desperdigada en distintas ciudades del país se había reunido en casa para tal acontecimiento: la boda de una prima incasable ameritaba la presencia de todos, hasta de las abuelas que siempre se empeñaban en quedarse cobijadas por la tibieza de su casa, la familiaridad de sus objetos más preciados y la íntima cercanía de su baño. Mientras abrochaba el último botón, mi hermana escucho que tocaban insistentemente su puerta. Pidió un momento pero los toquidos no dejaron de sonar. Era mi abuela paterna, enternecida, que quería decirle una última cosa antes de que la novia se pusiera los zapatos y saliera de su casa con el ramo entre manos dispuesta a encontrar su destino a los pies del altar. “Mijita... cállate y sufre” dijo por fin esa mujer, viuda de muchos años, mientras se ponía una mano en el corazón y levantaba la otra para poner el dedo índice sobre sus labios. Desde entonces soy muy mala para contar mis penas y muy buena para callármelas.

2.

La mamá de mi mamá era una señora llena de generosidad. Cuando la visitábamos en navidad y en verano nunca nos quedábamos con hambre. En su casa habitaba la abundancia: en el desayuno, sus frijoles refritos; en la comida, agua de Jamaica; por la noche, leche fresca. Sus dádivas alcanzaban a cualquiera que visitara su casa, nunca nadie salía con las manos vacías: cuando mataba puerco los vecinos alcanzaban a probar las carnitas, en las fiestas familiares el pozole rendía para todos, las tilapias doradas con su típica salsa roja le quitaban el hambre a cualquiera. Si acaso algún antojo o hueco de hambre no lograba saciarse, en el horno de la estufa siempre había algo que se pudiera calentar. La mamá de mi mamá, una señora de una trenza larga pero delgadita, tenía un poquito de todo para todos. La medida de sus cosas no era para regatearlas, el límite de su generosidad era el de su dignidad: “Yo doy pero no ruego”, decía siempre que alguien dejaba escapar un poquito de su envidia sobre la casa o sobre los

suyos. Así soy también: se trata de convidar con desprendimiento y alegría, no de insistir porque la acepten a una, en todo, en todas las cosas.

3.

Mi madre trabajó tiempo completo casi la mitad de su vida profesional. Era maestra. Ahora es una feliz maestra jubilada. Casi nunca asistió a los festivales de mi kínder, a las juntas de padres de familia. Enseñó a otros niños a leer que no a mí. Mi madre, además de mis hermanos, tuvo otros cientos de hijos por muchas ciudades distintas: en cada alumno dejaba algo de sí, como a mí me dio su sangre. Pero más que eso, me ha dejado el vivo ejemplo del esfuerzo, de la elección de una carrera profesional por pasión y no por gusto o por irremediable necesidad. Ella no trabajaba, ella cumplía cabalmente el cliché: amaba enseñar a leer y el sueldo no era otra cosa que un premio extra además de la cara satisfacción cuando sus alumnos lograban adivinar lo que decía en el pizarrón o lograba trazar su propio garabato. La quincena era un premio para yo y mis hermanos que la esperábamos para ver cumplidos nuestros deseos de antojos de la calle, de paseos y trapos. Ahora que yo me gano mi propia quincena, en mi propia pasión, me repito frente a los aparadores otra frase de mi madre: “¿Te gusta, tienes dinero? Chíngatelo” y me compro lo que se me antoje.

El antídoto es el reflejo

Cuando la piel que llevo puesta no me va me miro en el espejo de cuerpo entero (sólo que a veces prefiero lo que veo a lo que soy -otra fragmentación-).

Mirarme, hablarme en el espejo, es el único antídoto a la fragmentación voz que emito-reflejo. No hay mejor manera de reencontrarme, juntar el rompecabezas que soy que mirarme de frente y de cuerpo entero. Si desnuda mejor, para sentir cómo la mirada me toca el reflejo, para toparme con la extrañeza y luego la seguridad de saberme esa que está ahí, conmigo, a media luz.

De qué otra forma me encuentro, si no es mirándome atentamente. Me miro primero los pies, desando cada camino que he tomado, recorro mis muslos hasta llegar a mis rodillas y de ahí me miro lentamente el sexo, reparo en su historia que es la mía y que intento esconder cruzando un poco las piernas y a veces abriéndolas un poco más. Luego asciendo la mirada

al volumen de mi estómago, en cada uno sus sabores predilectos y las emociones que alberga. No sé cómo es que late el corazón en el pecho, con sus motivos y obsesiones. Reparo en la soltura de mis hombros y vuelvo la mirada a las manos, las tengo atrás como si escondieran algo. Cierro los ojos y giro el cuello, lentamente, como lento abro los ojos y me miro ahora sí, de frente mientras repaso mi única cara posible, cada facción y cada gesto. Vuelve la extrañeza, la curiosidad por eso que esconde adentro quien me busca la mirada. Ahí estoy, me digo, y me vuelvo a decir hasta que me reconozco y siento que resuelvo en lo externo la dispersión que llevo dentro, que termino con el dilema entre aquello que le doy al espejo y eso que silenciosamente me devuelve.

Mientras Rosario Castellanos se asomó al espejo y no encontró a nadie, yo me encuentro cada vez con una mujer que me obliga a mirarla con todo y que yo sintiera no reconocerla. Mi espejo está ahí, como íntimo testigo, implacable a la hora de ver quién sostiene por más tiempo la mirada. O para mirarme de frente para saber si existo, para reconocermé si es que algo de mí queda todavía.

El discurso de los objetos

La memoria no es invisible. Pide un espacio. Está afuera de nosotros, depositada por ahí, en el exterior. Está en el medio físico y no entre sinapsis. La memoria se sitúa en la cotidianidad, en un lugar por ejemplo, o en un objeto.

Mis objetos entrañables están atados a mi pasado y se aferran a acompañarme a mi futuro. No los puedo tirar no los puedo devolver. Algunos están en cajas oscuras al fondo del cajón o del closet pero no por ello dejan de ser relevantes. Todos dicen algo de mí que yo me esfuerzo por esconder. Todos juntos forman una colección de lo que debería de olvidar, lo que debería recordar, lo que me obsesiona, me consuela, me inspira o me duele.

Esta es una muestra de la galería interminable de los objetos de mi memoria.

Mandala

JRR es un artesano de la vida. No da un paso sin estar seguro de su sentido y su rumbo. Vende mandalas que él mismo fabrica a la sombra de cualquier árbol, en el abrigo de cualquier noche, cuando no está leyendo o escribiendo algo. Frente a la mesa de trabajo, que suele montar en los festivales culturales o ferias artesanales, ha repetido mil millones de veces para qué sirve un mandala y por qué no es una pulsera. Dice, mientras manipula el objeto dorado con perlas de colores, que en la vida tenemos una meta principal, que hay un cielo y un infierno, una tierra y un mal, un principio y un fin, un nacimiento y una muerte, que siempre vamos andando entre una y otra vida y entre dos extremos y las muchas otras vaguedades intermedias. Dice que así andamos todos, al centro del desastre, perdidos o dispuestos a encontrar el rumbo entre todas las opciones que nos rodean. Busca el centro donde estás tú, dice y apunta la flor de liz que ha formado con el mandala. Yo no veo nada, un espacio un hueco por el que logro ver al público que maravillado quiere comprarle uno o dos para jugar con ellos en casa a que encuentran el camino. JRR me regaló un mandala que tengo colgado en la cabecera de mi cama. Nunca juego con él, pero me recuerda siempre que pese a todo tengo que buscarme, o mejor dicho, tengo que encontrarme a mi misma a como dé lugar, y luego dar un paso afuera del desastre segura de su sentido y su rumbo.

Campana

EM me regaló una campana un 18 de agosto. Me regaló porque la campana que yo llevaba le parecía muy pequeña y su teñir insignificante. Esa tarde estábamos en una misa de nuestra señora del rayo. Durante la consagración se acostumbre bendecir las campanas y luego hacerlas sonar con estruendo para que dios nos oiga. Tal vez EL creyó que mi mísera campana de 18 pesos que compré de urgencia no servía para comunicarle a dios mis ruegos, por eso puso en mis manos su propia campana y no me dejó siquiera hacer el intento por que sonara la mía. Yo acepté la generosidad de su regalo imaginando las cosas buenas que había teñido la campana y lo efectiva que sería para que Dios escuchara mi llamado urgente. Esa misma noche leí algo que sin duda afirmó mis sospechas de hace tiempo: que Dios es sordo y mudo pero todo lo ve. Supe entonces que Dios me vio agitar la campana pero no le importaba su tamaño porque de cualquier manera no me iba a escuchar. Vaya regalo más inútil, pensé, y la guardé en la caja de las cosas que algún día voy a atreverme a desechar.

Luna

GC me pidió muchas veces que le regalara algo. No dijo qué. No dijo cuando. Sólo dijo que quería algo. Regálame algo, me dijo contundentemente y remató con mi nombre: regálame algo, Carmina. Me considero pésima novia para dar obsequios, detalles en cada "cumplemes". Por ejemplo, si viajo a algún lugar y quiero traer a mis más cercanos algún recuerdo de mi paseo, paso horas buscando qué cosa llevarles. Rara vez lo entrego: lo compré tan a mi entero gusto que pienso que a su destinatario original no le gustaría y casi siempre el objeto me lo quedo yo. J es todo lo contrario, tiene una intuición certera. Obsequia las cosas con desprendimiento y naturalidad. Me ha regalado un helado preparado como me apetece un domingo caluroso, unas calcetas afelpadas para el frío y un viaje a una ciudad distante para que viera una colección de vestidos antiguos sólo porque era mi obsesión del momento. Lo último que me regaló es una luna morada de papel. Espléndido origami que brilla en mi librero. En cada doblez esconde un regalo: un masaje, un abrazo largo, una cena romántica, un juego erótico: un regalo con muchos regalos dentro. Yo sigo sin saber qué darle. Mi indecisión me confronta: no soy capaz de desprenderme de algo tan sencillo ni de comprometerme con un regalo complejo. De decidir qué dar, cuándo, cómo hacerlo. Henos aquí, a mi ya GC pidiéndolo todo, dándolo todo en desorden y a borbotones. Lo único que va a pasar es que GC y yo nos quedaremos vacíos.

Sonaja

YN nunca tuvo en brazos a su hija: se le murió su bebé en el vientre una semana después de la fiesta para celebrar el próximo nacimiento. No sabíamos que sólo obtendríamos una muñeca preciosa pero inerte. Esa tarde reímos mucho y como recuerdo repartimos unas pequeñas sonajas. El día que en lugar llevar a un bebé a la casa nos dirigimos al cementerio, nos deshicimos de las sonajas que quedaron, pero yo me quedé con una y la guardé al fondo del cajón. A veces meto la mano y sin querer la toco. Entonces la saco de su rincón y la agito. La veo con detenimiento, recuerdo los zapatos rojos con que vestimos a la muñeca para despedirnos de ella y los globos blancos que mis sobrinos soltaron al viento en medio de una tristeza que no sabían entender pero tampoco podían ocultar. En medio de ese duelo, un amigo médico me dijo que la vida era sabia, que los bebés muertos en el vientre era algo tan común como doloroso: nadie habla de eso hasta que lo vive de cerca, y cuando por fin se socializa, resulta que muchos han sufrido ese dolor inimaginable. Guardo la sonaja con una

media sonrisa: esa vida tan breve nos dejó un recuerdo agrisado, tan solo por los 9 meses de esperarla vale la pena que de vez en cuando suene la sonaja.

El pasillo entre jacarandas

Mirar al cielo como si los pendientes por resolver no estuvieran aquí en la tierra y luego al frente, donde no encontré a nadie familiar entre una horda de extraños, fue una de esas experiencias extracurriculares y aparentemente insignificantes pero trascendentes durante mi paso por la universidad.

Sucedió algún día de mi último semestre y en el tránsito por uno de los pasillos más vibrantes del lugar: a sus costados, decenas de jacarandas se desprendían de sus flores y con el aire se formaba una lluvia lila. A mi alrededor no había nadie para comentar lo poética que me había parecido la escena. Había muchos pero no había nadie. Ninguno de los que caminaban conmigo por ahí sabía mi nombre o formaba parte de mi tiempo pasado. Yo tampoco sabía sus nombres ni nadie se contaba entre mis historias.

Detuve la caminata pero no así la memoria. En la primavera del 2002, un triste asombro acongojó a la comunidad universitaria: por primera vez en 40 años la jacaranda sobre el camino entre la biblioteca y la cafetería central no floreció, se le cayeron las hojas y en lugar de sombra, había en su perímetro un sol rotundo, un rumor: el símbolo vivo de nuestra universidad estaba enfermo o se estaba muriendo. Pasaron los días y no hubo fungicidas, nutrientes ni estimulantes que la hicieran florecer. Sus ramas se mostraban desnudas, resacas, podridas. Quitaron el tronco exangüe ese verano.

El lugar permaneció algunos días acordonado para alertar a todos del inmenso boquete que había dejado ese árbol de raíces hondas muerto a causa de la pudrición tejana, un hongo obsesionado con las jacarandas. Hubo que descontaminar la tierra para proteger a las 420 que seguían florecientes y de pie. Al día de hoy una cruz como su lápida hace el intento de hacernos recordar no el hueco, sino su belleza y sombra generosa. Ese día a mitad del pasillo pensé en mis arraigos, en las personas cuya vida florece conmigo; pero sobre todo, pensé en las más lejanas en el tiempo y sintonía, en las que se quedaron en mí de forma tan

imperceptible pero contundente que sólo a golpe de hacha, como se cortó el vínculo y como derribaron a la jacaranda muerta, pude conocer la profundidad de sus raíces arrancadas. A algunas las extrañé tanto. A otras no pude recordarlas sino imaginarlas. A las menos, agradecí su distancia.

Es así: cuando las personas se van de tajo o son desterradas por nuestras propias manos, uno puede medir el boquete que nos dejaron dentro, el tamaño y frescura de su sombra, el hongo que nos carcome vivos. Habrá que pensar cómo curar la tierra, abonarla, dejarla libre de raíces podridas. Siempre llega alguien, y siempre, de forma tal vez volátil o perdurable, nos echa su raíz.

Mujer y palabra y silencio

No recuerdo el momento exacto en que no estaba del todo conforme con ser yo. Pero sí tengo memoria de algunas ocasiones donde yo estoy frente al espejo tocándome la cara y sobreviene el espanto: ¿esa que está imitándome frente a mí soy yo?

Porque casi nunca he estado conforme con lo que me devuelve el espejo, hubo un momento en mi vida, que tampoco recuerdo, cuando decidí que esa que era, bien podría ser otras.

Inicié queriendo reinventarme primero en la música. Aprendí a leer lentamente el pentagrama, pero nunca a escribir sobre él. Dejé las lecciones de piano porque mi mano pequeña alcanzaba con trabajos tocar una cuarta: larguísima distancia del do al do. Intenté reinventarme en el lienzo en blanco. Me gustaba más el pastel que el óleo pero mucho más la acuarela, pintar con agua, diluir los colores, saciar la sed. El problema vino después, cuando describía en voz alta los paisajes y a la hora de plasmarlos en el bastidor, la abstracción y torpeza del trazo eran tales que renunciaba a la primera pincelada. Así llegué a la página en blanco, porque sentí que era mejor describiendo el reflejo de la luna sobre el agua que dibujando el reflejo de la luna sobre el agua, o produciendo el sonido para tal imagen.

Pero a la hoja en blanco no llegué sola, pues mientras en el pentagrama o en el lienzo no había nadie frente a ello sino yo, alrededor de mi escritura sonarían otras voces femeninas de fondo en el siempre intento de darle un sonido único a mi propia voz.

Es en el mundo de la escritura donde intento reinventarme, y me acompaña el sangrante desamor de Idea Vilariño, su gran pesimismo, esas ganas de vivir, esa profunda observación de la melancolía y esa distancia que ponía siempre contra todos para defenderse. La obsesión por los objetos de Carmen Villoro, su férrea intención de volver la mirada hacia la cotidianidad y de nombrar o cuando menos asomarse a él a través de la poesía. Natalia Ginzburg es la diosa de las pequeñas cosas, de los asuntos menores. De ella quiero creer que su voz hace eco en mi escritura cuando intento dedicarme a los asuntos menores de manera clara, lineal y simple. Como Ángeles Mastretta escribo a tientas, buscando mi propia fuerza y liberación, reconocirme con la mujer común que soy, con mis debilidades y mis defectos. Me acompañan la diversidad contradictoria y la extrañeza del mundo, las ansias de huir y la sospecha que invadía a Alejandra Pizarnik: lo esencial es indecible. Ansío que mis palabras sean incisivas como las de Laila Guerrero, que busca, mira, husmea, que es testigo implacable en el mundo tal como quiero serlo yo. De Rosa Montero quiero el eco que quita el miedo al temblor, a la imaginación y a la pérdida.

Entre todos esos ecos mi voz.

Soy mujer y palabra y silencio.

Desear desear

Deseo desear.

Deseo atravesar la noche y la asfixia, el paso firme, que no se me escape el pájaro de luz y que cante, no gima.

Deseo despertar los mundos dormidos, despertar yo al mundo. Meterme al mundo.

Deseo estar lejos y al sur. En el mar, a ningún mástil atada. Navegar y navegar.

Deseo un espejo para el baño, sonreírme desnuda.

Deseo mirar ésta mi cara, la única posible, reconocirme, volver a sonreír.

Que ninguna noche quede intacta, que a ninguna noche, deseo la habite el temblor.

Deseo recobrar el paso, la cordura de quien tiene la palabra precisa si no la correcta, de quien mira la vida como un espectador y no un testigo, deseo desear la paz para que no me quiebre, no me deshaga, no me rompa y sepa recibir la ayuda.

Deseo no olvidar, sino cicatrizar los recuerdos, las cosas.

Deseo estar lúcida, ebria, estar a la hora exacta de la vida, degustar su agridulce dádiva con los ojos cerrados y las manos abiertas.

Intrínquilis

Las nimiedades que somos pueden ser triviales que tal vez prefiramos construimos a través misterios y complicaciones que escondan lo sutil, lo impredecible y lo inusitado: todas las razones ocultas que nos delatan frente a los otros. Y como sabemos que detrás de nuestro propio intrínquilis, de nuestras razones ocultas, estamos nosotros, desnudos, pensamos entonces que el otro está al fondo de su misma timidez, y a ambos nos vuelca la curiosidad por sabernos y hurgar en nuestras vidas, por coleccionar revelaciones que luego se vuelvan amarres. Pensamos que dentro de otro cuerpo siempre ha de haber algo más que sus vísceras palpitantes. Algo como un remanso detrás de todos los misterios que nos conforman; un deseo alborozado; el antídoto para el escalofrío; un sabor que al fin sea nuestro predilecto; el hálito de vida que nos pueda hacer falta. Una luz. Un abismo al menos. Pero puede suceder que no haya nada más que aire. Que adentro no encontremos nada. Al menos nada para nosotros. O todo eso que no sabíamos cuánto nos hacía falta.

Mi estrella la escritura

La escritura es el lenguaje de mi vida interior y escribo porque no tengo forma de amordazarlo.

Hay una vocecilla dentro de mí. Me habla todo el tiempo y de formas diversas: vibra, fantasea, se inquieta, se adormece o contradice conmigo a la imaginación y la memoria. A veces dice lo mismo que yo, otras me confronta y me exilia de mí, y las más, dice las cosas de una forma que no puedo descifrar si no las escribo, si no las traduzco a palabras escritas, si no abro la libreta y cedo a la revelación sobre la página en blanco, disponiéndome a escribir

con toda la furia contenida, toda la verborrea delirante, todo el sentimiento antes adormecido que despierta con el primer trazo y no sé cuándo vaya a terminar: puede ser apenas una palabra, una frase breve como una idea concreta para explayar después, o páginas enteras con largos silencios entre párrafos, entre palabras, justo antes del punto final.

Cada que escribo hay un destinatario. Puedo ser yo misma o alguna de mis ausencias. A veces le escribo a quien no sé, a quien deseo que sea. Les escribo porque no les dije todo y me acobardé, porque preferí hacerlo por escrito y no quería ser oída ni volátil, sino leída e imborrable. O porque sí.

Escribo para saciar la manía de controlar las cosas, de justificar mis propias digresiones, para darme la contra o desengañarme. Escribo para construirme pero también para diseccionarme. Porque escribir es mi mejor escondite cuando juego a no ser, a no estar, a serlo todo, a estar contundentemente. Escribo para sacar de mí la carga de cosas muertas, inútiles, incomprensibles e inaceptables que se me atorán en el recuento de los días. Escribo porque la escritura es mi mejor estrado para anunciarle al mundo, o a quien se atreva a leerme, mis peroratas.

Escribo porque necesito entretenerme mientras la vida les sucede a los otros y porque ya encarrilada al abismo iluminado de la escritura, se me olvidan mis propias circunstancias, me salgo de las cosas y calmo mi hambre de palabras. Pero sobre todo, escribo para presenciar el milagro, esa dádiva del cielo de la que habla Beatriz Espejo, y sentir que la vida interior salta a la exterior, que entiendo mi posición en el mundo y hago realidad esa fantasía de retenerlo entre mis manos.

El regalo que no di, que no he dado, que seguramente no daré.

J me pidió que le regalara algo. No dijo qué. No digo cuando. Sólo dijo que quería algo. Regálame algo, me dijo contundentemente y remató con mi nombre: regálame algo, Carmina.

Qué petición más absurda. En ese algo cabe todo que tengo en mi casa, en mi cabeza o el

límite de mi tarjeta de crédito. Al mismo tiempo nada de ello cabe en mis manos o en las suyas a su justa medida. Puedo darle a J uno de mis recuerdos más irrisorios o una lista de todas las nimiedades que soy. Puedo darle alguno de mis objetos más preciados: el mandala azul que pende a un lado del espejo de mi recámara o mis aretes con una gota escarlata. Podría regalarle un boleto de avión o reponer su casa de campaña perdida. Pero no le dado nada porque no sé qué darle.

Me considero pésima para dar cosas, obsequios, detalles. Por ejemplo, si viajo a algún lugar y quiero traer a mis más cercanos algún recuerdo de mi paseo, paso horas buscando qué cosa llevarles. Rara vez lo entrego: lo compré tan a mi entero gusto que pienso que a su destinatario original no le gustaría y casi siempre el objeto me lo quedo yo. J es todo lo contrario, tiene una intuición certera. Obsequia las cosas con desprendimiento y naturalidad. Me ha regalado un helado preparado como me apetece un domingo caluroso, unas calcetas afelpadas para el frío y un viaje a una ciudad distante para que viera una colección de vestidos antiguos sólo porque era mi obsesión del momento.

Para dar y recibir obsequios, cosas, es preciso la empatía, ser sensible al gusto del otro, a su necesidad de un llavero o una postal (aunque el otro no sepa que los necesite hasta que no se lo obsequias) o a sus elecciones en torno al *topping* que va sobre el helado. Creo que yo soy poco empática; mi ejemplo sobre los recuerdos de viaje pone de manifiesto esa egoísta parte mía que dirige las compras para los otros, o cuanto obsequio se me quiera escapar de las manos. Los diversos regalos de J denotan esa sensibilidad y empatía para mi persona. Pero su petición tan ambigua revela esas ansias de recibir algo de mí que no puede nombrar. Mi indecisión me confronta: no soy capaz de desprenderme de algo tan sencillito ni de comprometerme con un regalo complejo, de decidir qué dar, cuándo, cómo hacerlo.

En cada regalo, en cada día juntos, habrá que ser precisos con nuestras peticiones y empáticos con nuestras dádivas. J quiere tanto que no sabe cómo pedirlo. Yo le quiero dar tanto que no sé qué cosa darle.

Henos aquí, pidiéndolo todo, dándolo todo en desorden y a borbotones.

Lo único que va a pasar es que J y yo nos quedaremos vacíos.

Fardo

Hace algunos años leí una novela, Fardo. La escribió un buen amigo. En ella relata el largo recorrido de un hombre que lleva en sus espaldas un peso enorme, resguardado en un fardo. El camino es largo y el peso no mengua. Pasa el tiempo cueva tras cueva y mientras tanto el protagonista, que reúsa a abandonar su carga, habla con otros personajes igual de oscuros y poco a poco se revela, entre renglones, qué cosa es aquello que va cargando: el fardo es él mismo. Tantas páginas para encontrarse, tanto camino recorrido, tantas vueltas y al final el personaje no pudo abandonarse y no pudo hacer otra cosa sino abrazar la carga, abrazarse a sí mismo.

Mientras leía el ejercicio no pude dejar de pensar en esa novela y en el lugar común que es no reconocerse a sí mismo y andar recorriendo todo el mundo en lugar de hacer un silencioso viaje al interior.

Me imaginaba la cueva que me pedía el ejercicio, así, oscura y silenciosa. Me imaginaba quitando el pesado fardo de mi espalda y ponerlo a mis pies, como una ofrenda de mí para mí: no ser mi propio fardo sino mi propia bendición.

Primero tengo que abrazarme a mi misma antes de abrazar al mundo.

Mis tinieblas

No hay víctimas ni victimarios, sólo pautas de interacción. Primera y más importante ley la terapia familiar sistémica. Al menos la que practiqué, al menos la que conozco desde mi mayor acercamiento a la psicología clínica a pesar de mi título en ella: la de paciente.

Para esta teoría todos somos parte de un gran sistema de engranes que se mueven los unos gracias a los otros en una intrincada coreografía con causas y consecuencias para los demás. No podemos detenernos, y de hacerlo, el peso de revolcar el movimiento queda absolutamente sobre nuestros hombros, hasta que de tanto forzar el engranaje se logra otra

vez el equilibrio y lo acariciamos levemente hasta que otro engrane rompe con la ilusión de la entropía. Todo danza a nuestro alrededor, pequeños universos en torno a nosotros: el trabajo, la pareja, los vecinos, la familia, todos los demás, todos los demás. Lo bueno es que estamos en el centro de ese sistema. Lo malo es que todos están en su respectivo centro. Por culpa de entender al mundo desde su sistema de engranes siento que en ocasiones me tambaleo en una relatividad enfermiza. Me cuesta el mismo trabajo creer que alguien es totalmente malo pero también que sea totalmente bueno. Simplemente se actúa de acuerdo a su propio sistema. Y eso pareciera que automáticamente los malos de pronto no lo son tanto, y eso es magnífico porque permite ver la escala de grises enorme de la que está conformada la vida. Pero entonces pareciera que no hay valores, que no hay moral, ni principios ni lógica del bien, solo un relativismo hedonista y práctico. La sospecha de los que son buenos: algo salen ganando con su bondad. Todos y todo tienen un precio, a mi no engañan: sus engranajes giran del lado que más les conviene, su distorsionado equilibrio es su mayor ganancia, así sea la peor de las circunstancias. Mi mayor tiniebla está ahí, al fondo de mis propios engranajes, justo a los días de haber cumplido años, justo cuando ya este equilibrio me aburre, cuando quiero cambiar de sentido, de engranajes y de sistema, me azota la oscuridad: ¿qué quiero ahora? ¿a quién quiero en mi sistema?

No puedo echarle a nadie la culpa de mis indecisiones ni de mis decisiones.

Yo estoy al centro.

Para bien.

Para mal.

A oscuras.

Iluminada por la expectativa del futuro, pero en tinieblas al interior.

Jodida y radiante dijera Benedetti.

No soy víctima ni victimaria. Soy el resultado de mi propia interacción.

Creer en Dios.

Creerle a Dios. Pronunciar Su palabra. Renegar de Su palabra. Nunca nada es bastante

para nombrarlo o reducirlo a certezas. La idea de Dios es una idea inacabada. Que el derecho al punto final se lo adjudiquen los filósofos, los teólogos, los ateos, los que practican su religión como verdadera, los que quieran.

Yo lo busqué donde pude, donde confié en encontrarlo: en la acción católica, en el apostolado de las misiones, curioseando entre los hare krishna, mis conocidos judíos, cristianos, católicos ultraderechistas, talleres de oración y vida, encuentros juveniles, retiros de silencio y credos varios... Sé que no leído lo suficiente ni vivido lo suficiente (ni estas líneas son suficientes), pero mi idea de Dios, o más bien mi idea de relacionarme con Él, que siempre nos escucha y siempre nos ve, se afianzó con el rastreo de Su mirada, porque Dios no podía ser para mí la idea abstracta montada sobre el altar, encumbrada en sus misterios, rituales y mandamientos. Tenía que ser alguien tangible y tenía que mirarlo a la cara.

Entonces aposté por su inmanencia con todo lo que soy y todo lo que soy está contenido en mi cuerpo y si estoy hecha a Su imagen y semejanza, algo de Su divinidad ha de correrme por la sangre y a ti también: para mirar a Dios, para relacionarme con Él, busco la mirada del otro, para encontrar un rastro del paraíso salgo a Su encuentro. Prefiero el riesgo y el atrevimiento de mirar a Dios a ras de tierra, andando conmigo en el intento de descifrar la vida, respirando a mi lado, esperando al tren, cocinando, sentado viendo a la gente pasar, como yo. Prefiero la soberbia de buscar su rastro en la cercanía que en el cielo alto, insondable y oscuro, aunque a veces se me olvide y mi prójimo me altere la existencia o se la altere yo y nos maldigamos, nos violentemos unos a otros, se nos olvide la imagen y semejanza a la que estamos hechos, la porción de divinidad que también nos compone y nos mandemos al diablo.

Mi punto de llegada es otro punto de partida

Cada ejercicio significó un reto, más que un reto un desafío. No cabe duda que los mejores viajes son los viajes interiores, hacia uno mismo, a sus cavernas y profundidades. En estos meses pude desempolvar algunos textos que tenía empezados por ahí y por una gran coincidencia se relacionaban directamente a los propósitos de uno que otro ejercicio. Pero lo más valioso fue que por fin pude poner en palabras escritas ideas o sentimientos que rondaban

mi cabeza respondiendo algo que no sabía qué sino hasta leer el ejercicio. En algunos casos me enojé, conecté con cosas que había olvidado o simplemente me costó muchísimo trabajo escribir los textos. Eso sí, ningún ejercicio me fue indiferente.

Encontré que aún hace falta mucho por decirle al mundo, pero sobre todo por decirme a mí misma. Siento la necesidad de volver a los textos para perfeccionarlos o iniciarlos otra vez, pues en algunos casos los sentí flojos, desordenados, apresurados. Breves, aunque en otras ocasiones decidí cortarlos para continuarlos después y esa es mi tarea pendiente.

En realidad no era un punto final sino un punto y seguido.